

Espiritualidades de las mujeres en el siglo XXI

La espiritualidad, entendida como vida interior abierta al Espíritu de Dios y desarrollo integral de la persona en todas sus dimensiones, despierta en las mujeres de hoy todo un potencial liberador. Su presencia en la Iglesia abre caminos de enriquecimiento en la espiritualidad cristiana de nuestro tiempo.

Esto, que parece razonable, en un mundo plural, no es siempre posible en las circunstancias en las que nos movemos. A lo largo de la historia hemos asistido a momentos en los que las experiencias de las mujeres han dado lugar a espiritualidades muy potentes, que han generado cambios espirituales, eclesiales, sociales y políticos. Pero, de igual manera, las mujeres han sufrido dinámicas de reclusión, en las que las estructuras patriarcales de las distintas instituciones han querido controlar la expresión religiosa femenina. Muchas mujeres creyentes tienen conciencia, en la actualidad, de ser libres y, al mismo tiempo, experimentan que somos prisioneras de los sistemas morales, de culpa y de la sumisión, de la infravaloración... tanto dentro como fuera de la Iglesia. Ello no permite en muchos casos, desarrollar procesos de liberación personal y comunitaria. Sin embargo, este potencial espiritual femenino nos hace intuir que, en la medida que profundicemos en la fuente inagotable de energía que hay dentro de las vidas de las mujeres creyentes y se comparta con los hombres y con el mundo, estamos contribuyendo a la transformación del cosmos. Ello nos requiere una serie de retos en nuestra praxis diaria, que suponen en determinados momentos rupturas, denuncias o transformaciones.

1. LA INVISIBILIDAD DE LAS MUJERES EN EL MUNDO ESPIRITUAL CRISTIANO.

En el contexto cristiano europeo, las mujeres han vivido su religiosidad de una manera sesgada, en los espacios privados, de forma invisible para el transcurrir de la historia. Sus formas y expresiones de vivir la presencia de Dios se han comparado con las de los varones, calificándolas de defectuosas o de segunda categoría. Autores cristianos como Tertuliano, por nombrar alguno entre muchos, han justificado, con interpretaciones poco acertadas de los textos bíblicos, la exclusión de la mujer en la praxis religiosa: *“Las mujeres heréticas mismas, ¡qué procaces!, pues se atreven a enseñar, disputar, realizar exorcismos,*

prometer curaciones, acaso hasta bautizar"¹. La visión de una espiritualidad correcta correspondía a la visión "viril", sin pasiones, bajo estructuras jerárquicas y rechazando la sexualidad femenina. No cabe duda de que, aquellas que se atrevieron a levantar su voz y proclamar que había otra forma de acercarse a la experiencia de Dios, tuvieron, de una manera u otra, problemas.

Por su modo de describir la propia experiencia de Dios, los escritos de algunas mujeres, como las beguinas, experimentaron un éxito social notorio. Pero fueron poco a poco confinadas en conventos, obligadas a destruir sus libros o quemadas en la hoguera, como el caso de Margarita Porete. Otras, por su afán de predicar y de reformar lo que no favorecía un crecimiento de la interioridad de la personas, fueron acalladas, censuradas y calumniadas como Catalina de Siena o Teresa de Ávila. Aquellas que se atrevieron a crear espacios nuevos de vivencia de la fe, o fundar una congregación religiosa "con patronos masculinos", como Mary Ward, fueron rechazadas por la jerarquía eclesiástica. Todavía en 1667, Margaret Askew Fell Fox denunciaba estas prácticas sociales en las comunidades cristianas:

Ha sido una objeción de la mente de muchos, y varias veces ha sido objeto de reprobación por parte del clero, de los sacerdotes y de otros, que las mujeres hablen en la iglesia; por eso, en consecuencia, son condenadas por meterse en los asuntos de Dios [...] Consideras esto los que despreciais y os oponéis al mensaje de nuestro Señor a través de las mujeres. ¿Qué ocurre entonces con la redención de toda la humanidad, si ellos no creen en el mensaje que el Señor Jesús envió a través de estas mujeres en lo que concierne a la resurrección?²

Estas dificultades no sólo han impedido que las mujeres expresen una espiritualidad propia de relacionarse con Dios, sino que han desanimado a muchas. A lo largo del siglo XX, unas se han rendido a restricciones rituales y morales que les imponían, otras han abandonado los ámbitos de espiritualidad femenina en general, y otras han abandonado directamente el cristianismo buscando profundizar en otras espiritualidades, religiosas o de otros tipos. Ciertos **condicionamientos** han estado dificultando el crecimiento de la dimensión espiritual de las mujeres:

¹ *De praescriptione haereticorum* 41,5. En TOMMASI, Wanda. *Filósofos y mujeres. La diferencia sexual en la Historia de la Filosofía*. Madrid, Narcea, 2002, pp. 60-63.

² TAILLEFFER, Lidia. *Orígenes del feminismo. Textos de los siglos XVI al XVIII*. Madrid, Narcea, Colección Mujeres, 2008, pp. 52-56.

- La presión sobre los iconos femeninos y las imágenes corporales que atrapan y condicionan la visión de la realidad y de la identidad propia de las mujeres.
- La presión social ante dobles jornadas, en el mundo del trabajo y en el ámbito doméstico, que se impone a muchas mujeres como exigencia excesiva y contradictoria para llegar a ser de verdad “femenina”.
- Las contradicciones en relación a la maternidad y la autorrealización, pagando precios altísimos, para conseguir metas personales.
- La presión eclesial en la que se nos acusa de perder la cadena de transmisión de la religiosidad, que estuvo mayoritariamente en las manos de las mujeres cuando éstas dedicaban sólo y exclusivamente su tiempo a la familia.

Estos condicionantes, que son vivenciales, influyen en la construcción personal de la espiritualidad que nos acompaña en la vida. Reduce tiempos de introspección, e incapacita a las mujeres para crear caminos nuevos, haciendo “innecesaria” su presencia comunitaria. Las consecuencias no son solamente de anulación en las estructuras eclesiales. La invisibilidad en la iglesia ha alejado a las mujeres de las fuentes cristianas, de poner acceder a los textos bíblicos y hacer una lectura directa de la Palabra y su interpretación. En lugar de ello, los varones han puesto en boca de Dios, cómo las mujeres deben acercarse a Dios. Muchas de sus interpretaciones, se han ajustado a la convicción de que la mujer tiene un papel secundario en la sociedad y, por lo tanto, también en lo religioso.

La invisibilidad y la ausencia de voz ha alejado a las mujeres de la expresión pública y comunitaria de lo vivido y sentido. La reclusión física, en el hogar o bajo clausura, ha sido constante durante la historia del cristianismo, bajo la premisa de que una vida devota femenina tiene que ver con ser “el ángel del hogar”. Incluso Pío XII, que es el primer papa que reconoce que hombre y mujer son imagen de Dios, desmarcándose de la tradición³, no renueva la visión de la particular misión de la mujer dentro de matrimonio “entre el

³ Hasta entonces la Tradición defendía la tesis de que la mujer no era imagen de Dios, basándose en el Decreto de Graciano. Cfr. ZUBÍA, Marta. *Para nuestra memoria histórica*. Estella, Verbo Divino, colección Aletheia, 2011, p. 51.

inmenso cúmulo de beneficios que en sí contiene la firmeza del matrimonio”⁴. Sublimando la espiritualidad de las mujeres, ésta queda enfocada únicamente al cuidado de la familia, y así se ha construido una cárcel de cristal de las que muchas no pudieron salir.

Finalmente, ser invisibles, nos ha empobrecido, como comunidad de creyentes, nuestra propia experiencia de Dios, marcada por libros escritos por varones célibes, en su mayoría, que decían qué y cómo creer. La censura de la experiencia de Dios, se ha realizado también a través del desconocimiento y la escasa introspección propia o compartida sororalmente.

2. Cristianas que piden una renovación espiritual.

A mediados del siglo XX hay mujeres que comienzan a reivindicar su espacio en la tradición cristiana espiritual. La construcción de espiritualidad feminista está ligada a la teología feminista que va surgiendo bajo dos premisas.

La primera tiene que ver con el acercamiento a la Escritura y el descubrimiento de la Palabra de Dios, liberadora y comprometida también con las mujeres. Las mujeres descubren en los escritos bíblicos que Dios también se detiene frente al sufrimiento de las mujeres y las salva. Sara, Tamar, Débora, Rut y Noemí...y otras muchas del Antiguo Testamento, nos hablan de una relación cercana de Dios, que actúa en sus vidas y es fuente de gracia y de justicia. Se descubren dimensiones de la presencia de María en la obra salvadora de Dios y se la descubre como maestra, educadora, modelo de creyente. Se estudia la vida de las primeras comunidades y la implicación de las mujeres a través de los diversos carismas y ministerios. Se siente la necesidad de estudiar la relación de Jesús con las mujeres y se descubre a un Jesús cercano e implicado. Se intenta dar luz a la sorprendente cantidad de textos de los evangelios donde Jesús se relaciona con mujeres.

En este sentido, los estudios histórico-críticos permiten una comprensión mayor de la invitación que hace Jesucristo a las mujeres y lo que implica para ellas, como depositarias primeras de la Resurrección, su presencia en las comunidades cristianas. Experiencias como la de la mujer con flujos de sangre (Lc 5, 24b-34), que es reincorporada por Jesús a la comunidad religiosa y a la sociedad, es un ejemplo que ilustra el ejercicio sanador de Jesús hacia las mujeres. Se comienza, así, a construir una cristología enriquecedora para

⁴ Casti Connubii 34, en ZUBÍA, Marta. *Op.cit.*, p. 114.

las mujeres⁵, donde se sienten identificadas con la propuesta de Reino de Dios.

Este potencial bíblico se ha ido trasladando a mujeres cristianas de la historia. Una de las labores de estas últimas décadas ha sido recuperar para la historia mujeres que destacaron por aportar al mundo patriarcal visiones nuevas y transgresoras de la experiencia de Dios. Cuanto más profundizamos en este trabajo, más nos convencemos de que el problema no es tanto la historia sino quién escribe la historia religiosa y cómo la interpreta.

La segunda premisa, nos sumerge en la certeza de que la mujer es fuente de experiencia religiosa, fresca y renovadora. Es protagonista del Evangelio, ella y su participación festiva en el proyecto de Jesús. Es testigo de la Resurrección y transmisora de la Buena Noticia. Esto la hace un testigo privilegiado de Dios y fuente de espiritualidad para otros creyentes. Las mujeres descubren que su vida en resistencia ante el sufrimiento y la injusticia, se enraízan en la búsqueda de Dios y esta relación genera espiritualidades de liberación creativa⁶.

Las espiritualidades cristianas feministas parten de la experiencia de dolor de las mujeres, de su sufrimiento, de la introspección y el descubrimiento interior, del reencuentro con una misma, de la relación con la realidad. Todo ello puesto a la luz del Evangelio y las consecuencias que tiene para las mujeres: visibilidad, participación, reconciliación, encuentro, riqueza interior. Las mujeres se han preguntado sobre sus vivencias: ¿Qué experiencias de dolor, en el ámbito de la espiritualidad, me han marcado? ¿Qué experiencias de otras mujeres nos invitan a abrir caminos en la espiritualidad? ¿Cómo podemos acercarnos a esas experiencias que bloquean el crecimiento espiritual? Desde este análisis vital, las mujeres han incorporado una serie de estrategias vitales para el resurgir de su espiritualidad:

- El **trabajo en red**, que permite reforzar los lazos sororales y personales, realizando descubrimientos personales y colectivos que favorecen la vida de las mujeres. Refuerzan sus estrategias frente las restricciones patriarcales. Promueven la propia

⁵ Amy-Jill Levine (ed.). *Una compañera para Marcos*. Bilbao, Desclée de Brouwer, 2004, p. 41

⁶ Pilar de Miguel (ed.). *Espiritualidad y fortaleza femenina*. Bilbao, Desclée de Brouwer, 2006, p. 172.

iniciativa y la autonomía personal en el encuentro con Dios. Comparten y apoyan las experiencias religiosas grupales.

- La generación de **caminos de reconciliación**, que sanen las heridas que tiene actualmente la humanidad. Son heridas:
 - Las **pobrezas**, personales y colectivas. La baja autoestima, la culpa y la dependencia... así como la debilidad o el enfrentamiento en nuestras relaciones como mujeres.
 - El **exceso de trabajo** que ahoga la dimensión espiritual. En medio de interminables jornadas de trabajo dentro y fuera de casa, se descuida el “contacto con lo sagrado” y la dimensión espiritual.
 - La **feminización de la pobreza**, mal endémico de nuestro mundo. Es nuestra labor participar en la lucha por la justicia, que nos afecta directamente, como colectivo más empobrecido del planeta.
 - La **violencia de género**, ya sea a nivel social, hacia el cuerpo y hacia los roles sociales femeninos, como a nivel relacional, en las familias y en las relaciones de pareja.
- El **cuidado de la propia identidad y la confianza en las propias intuiciones y proyectos** que dan espacio a la expresión de las mujeres. Es necesario que las mujeres ejerciten la confianza en si mismas y aprendan a convivir con los hombres en los mismos ámbitos como individuos autónomos y capaces.

Esta estrategias reincorporan a las mujeres a la vida de las comunidades cristianas y las conecta de nuevo con el mensaje de Jesús, reinterpretándolo en su sentido profundo e incorporando la experiencia femenina a la propuesta de Nueva Humanidad. La experiencia de las mujeres de ser las pobres de la Tierra, da luz a los problemas de este mundo y actualiza las propuestas cristianas sobre la realidad de hoy.

Las mujeres creyentes y comprometidas, reivindican en la Iglesia universal cambios y renovaciones para que la pluralidad de las espiritualidades de hombres y mujeres, de todos los continentes y procedencias, tengan cabida en la comunidad cristiana. Desde la conciencia del

potencial liberador de las mujeres como mediadoras de la acción salvadora de Jesús, las cristianas apuestan por:

- **Igualdad real** en los ámbitos de la expresión pública de las espiritualidades y religiosidades, que permita el compartir de la propia experiencia a cada uno de los miembros de la comunidad. Así, la riqueza y el crecimiento comunitario será constante y aportará conocimiento y sabiduría a todos y cada uno de sus participantes.
- **Independencia moral** de las mujeres con respecto de las directivas de los hombres, que limitan sus posibilidades de vivencia libre del encuentro con Dios y su transformación personal. La independencia moral permite una autoconciencia real de las propias limitaciones, pero también de las capacidades y potencialidades que nos hacen mejores personas y mejores cristianos.
- **Presencia real** de las formas y experiencias femeninas que también enriquecen a los hombres, dando perspectivas diferentes, novedosas y cercanas a los modelos de seguimiento de Cristo. Una visión completa de las distintas posibilidades de ser cristiano en la vida cotidiana genera un movimiento integrador, donde se podrá ejercitar verdaderamente la inclusión de los más desfavorecidos en el movimiento de Jesús.

Las espiritualidades cristianas que emergen en este contexto plural, proponen una alternativa cristiana a las agresiones de las estructuras sociales patriarcales y capitalistas, que someten a millones de seres humanos a la pobreza y la exclusión. Proponen otra práctica cotidiana del Evangelio a existencia,

3. El empoderamiento de las cristianas: la práctica de la Ruah.

Al asociar mujer, espiritualidad y liberación se potencian nuevas perspectivas para la vida de las mujeres y los hombres de Iglesia. Posibilitan, como Jesús hace con la Samaritana (Jn 4), nuevas opciones de vida, más dignas y comprometidas con muchos seres humanos que viven sometidos a los poderes patriarcales, sexistas, opresivos y asimétricos. Las vías que abre una espiritualidad liberadora están relacionadas con el **empoderamiento** de las mujeres, definido éste como proceso de fortalecimiento para transformar un entorno

transformándose el sujeto mismo⁷, pero también como procesos de confianza y autonomía en los sujetos sometidos por las estructuras que, en este caso, son mayoritariamente las mujeres. No podemos entender estos procesos sin transformar los esquemas patriarcales que todavía son paradigmas del mundo. En este sentido los textos del Evangelio donde Jesús libera a las mujeres de sus cargas, la hemorroísa (Mc 5,21-43), la mujer encorvada (Lc 13,10-17), la viuda de Naín (Lc 7,11-17), la sirofenicia (Mc 7,24-30), nos da pistas para entender los rasgos liberadores que Jesús nos ofrece en su proyecto y que nos invita a imitar.

3.1. El empoderamiento espiritual.

Desde el punto de vista de la teología feminista, la **fe** es la energía teológica que une el amor al **empoderamiento**. Es la categoría experiencial que constituye el punto de partida de la espiritualidad renovada de las mujeres. La fe necesita ser expresada en su contexto y el empoderamiento posibilita la libertad y la utenticidad de la relación con Dios y con el mundo.

Por un lado, potencia la certeza de las mujeres de que son amadas por Dios, más allá de los prejuicios y de las acusaciones de generadoras de pecado, como hijas de Eva, que se derivan de determinadas interpretaciones antropológicas patriarcales, presentes en la historia y todavía en la actualidad en los contextos eclesiales y en la reflexiones teológicas.

Por otro lado, el empoderamiento libera a las mujeres y las capacita como sujetos seguidores de Cristo, como Marta y María (Lc 10,38-42) o María Magdalena (Jn 20,18), capaces de resolver de forma autónoma los problemas de la realidad de este mundo.

Mediante el ejercicio del **empoderamiento** las mujeres despliegan sus capacidades y sus potencialidades de tal manera que hacen visible con su vida la fuerza creativa de la *Ruah* divina. El Espíritu de Dios, *Ruah*, afirma la singularidad de cada persona y la valora como un ser único e irrepetible, dando validez a su participación activa y creativa en la transformación de la realidad. De esta manera, comienza a practicar la equidad y el reparto del poder, rasgos del Reinado o *Basileia* de Dios, que entiende el poder en términos de

⁷ MONTERO, Maritza. *Teoría y práctica de la psicología comunitaria*. Barcelona, Paidós, 2003, p. 67.

abundancia, de vida y de creatividad⁸.

Por ello, frente a la violencia, el feminicidio, las violaciones, los cuerpos rotos, las agresiones que sufren las mujeres, el Espíritu contribuye a reforzar la autonomía de las mujeres, sanando sus cuerpos y sus mentes, como lo hiciera Jesús con sus contemporáneas y aportando vida, para que estas mujeres, que se sienten amadas y salvadas, rescaten a otras y otros con su vida. Vivir con el Espíritu de Dios es un ejercicio, en definitiva, de luchar y soñar por un mundo mejor.

Necesitamos vivir una espiritualidad sanadora o saludable⁹. Hay elementos de una espiritualidad tradicional, marcadamente masculina, desvinculada del cuerpo y de la vida, que hacen daño, que marchitan a los creyentes en vez de ayudarlos a crecer. Las mujeres entienden que, en el contexto actual, necesitamos espiritualidades que sanen las heridas, que sanen las relaciones de injusticia entre los seres humanos y de éstos con la creación y con Dios. Es necesario por tanto, intervenir en las culturas y potenciar aquellas características que potencian la reconciliación y la sanación creativa¹⁰.

Hablar de sanación en la espiritualidad es saberse portador de un poder que nos despierta, nos cura, nos libera. Un poder que traslada la vida cotidiana hacia lo positivo, lo proactivo y lo creativo. Crecemos desde dentro, porque actúa sobre las heridas que ha ido dejando la violencia patriarcal y la violencia estructural del mundo en que vivimos. De esta manera, incorporamos el cuidado personal a las tareas de la cotidianidad, profundizando hacia el lugar de donde brota el agua: “por encima de todo cuida tu corazón porque de él brotan todas las fuentes de la vida” (Prov 4, 23). Algunos textos sapienciales como éste, nos invitan a seguir esta dirección, encontrando en ese lugar el Espíritu de Dios que nos alimenta y vivifica. Lo sorprendente de esta dinámica introspectiva es que cuanto más se ahonda en la sabiduría interior, donde vive Dios, más nos empuja a una compromiso exterior con los que más sufren. Se trata de una espiritualidad de doble dirección que

⁸ SCHÜSSLER FIORENZA, Elizabeth. *Pero ella dijo*, Valladolid, Trotta, 1992, p. 209

⁹ La visión de Jesús como sanador propone elementos valiosos a tener en cuenta para la reconstrucción del mundo: los lazos entre personas, el cuidado de la salud, la comprensión global de la enfermedad, la búsqueda de la salud integral, las estrategias terapéuticas... Cfr. ESTEVEZ, Elisa. *Mediadoras de sanación*. Estella, Verbo Divino, Colección Aletheia, 2011, p. 43.

¹⁰ *Ibíd.*, p. 44.

fecunda nuestra vida y la de los demás.

Las espiritualidades sanadoras atraviesan en su proceso transformador distintas etapas:

a) Etapa del **reconocimiento**: Es necesario comenzar reconociendo nuestro malestar interior, producido por siglos de androcentrismo y estructuras de poder/sumisión. Como hijas de la historia, las mujeres han heredado la culpa otorgada a la primera mujer, Eva. Han sufrido la violencia del que posee el poder y somete al que socioreligiosamente es de segunda categoría. Hemos interiorizado la condición de invisibles y perdido la capacidad de creer en la propia iniciativa. Este es un trabajo lento, no ajeno al dolor personal y que requiere acompañamiento y cierta fortaleza interior¹¹.

Reconocer las propias dificultades, tanto personales como heredadas, nos desnuda y nos hace vulnerables, pero a la vez nos fortalece porque nos hace más conscientes de nosotras mismas y nos sitúa en el umbral de la autonomía personal. Es necesario, por tanto, saber describir lo que nos incomoda, nos angustia y no nos deja crecer. Describirlo de forma objetiva, separando los sentimientos de las causas y los procesos. Esta discriminación permite tomar conciencia de aquellos elementos patriarcales de los que se ha bebido y han envenenado la identidad religiosa de las mujeres, pero también de aquellos sentimientos y emociones que se generan personalmente y que limitan la expresión real de lo vivido y experimentado junto a Dios. De esta manera, también se reconocen las propias limitaciones, generando expectativas reales y adecuadas a la vida de cada uno.

b) Etapa de **descubrimiento**: se trata de un proceso de desintoxicación, que nos libera de las ataduras anteriormente reconocidas. El descubrimiento se apoya en tres experiencias básicas de confianza:

- El descubrimiento del Espíritu en nuestras vidas: la experiencia de ser hijas amadas de Dios, imagen suya, salvadas gratuitamente, sin condiciones. Esta experiencia libera de sentirse hijas de Eva, impuras, indignas, inferiores, etc. A esta dimensión antropológica hay que añadir un importante segundo nivel. Se trata de sanar nuestra imagen de Dios y liberarnos del Dios controlador, que se fija en nuestros fallos y nos castiga por nuestros errores. Poniendo

¹¹ Chung Hyun Kyung, *Introducción a la teología femenina asiática*. Estella, Verbo Divino, 2004, p. 153

más énfasis en la bendición original que en la maldición original conseguimos equilibrar una imagen de Dios rica en misericordia y en acogida.

- El descubrimiento del **apoyo sororal**: ayudándose mutuamente en el proceso de irnos curando. Las redes de mujeres, favorecen la comunicación rota por las trabas y roles de las estructuras patriarcales. Acercan más, y favorecen un intercambio de experiencias liberadoras que rompen fronteras. En este descubrimiento entra en juego especialmente el **empoderamiento**. En comunidades y grupos une fuerzas y competencias individuales, establece sistemas de ayuda y activa conductas en asuntos de política y cambio social. La sororidad es, por tanto, un mecanismo de alimentación, crecimiento y justicia comunitaria, de movimiento centrifugo¹².
- El descubrimiento de **las fuentes** como presencia histórica de Dios. Por un lado, las fuentes tradicionales pueden enseñarnos todavía la presencia de Dios en la vida, pero es necesario en ellas un trabajo analítico y crítico que desmonte interpretaciones patriarcales que se han adosado a la verdad de la Palabra. La lectura de la Palabra en clave de encuentro, reactiva los encuentros que reestructura las vidas de hombres y mujeres, a nivel personal y comunitaria. Por otro lado, hemos de cultivar la audacia para descubrir otras fuentes que estaban, quizá, escondidas o fuera de nuestras fronteras. Son fuentes que encontramos en otros lugares de la realidad pero que enriquecen las espiritualidades de las mujeres, aportando una pluralidad y diversidad que enraíza con la esencia del mensaje de Jesús, semilla de inclusión.

c) Etapa del **compromiso**: La comprensión y vivencia de la espiritualidad de manera personal y compartida con otras y otros se transforma en compromiso con las personas más débiles en un universo complejo. Nos convertimos entonces en creadoras de espacios de salvación. Nuestras espiritualidades enriquecen la visión del mundo y a nosotras mismas aportando una nueva espiritualidad para un mundo como el actual. Y lo increíble de esta búsqueda es que vamos encontrando muchas mujeres valientes que han creído que

¹² De MIGUEL, Pilar. *¿En qué creen las mujeres? Creyendo y creando*. Bilbao, Desclée de Brouwer, Colección En clave de Mujer, 2007, p. 233.

son capaces de desafiar el sistema socio-político-religioso en el que viven. Ellas están generando pequeñas islas de salvación que las cristianas leemos como cauces de la Providencia de Dios. Así, “el redescubrimiento del sentido del espacio parece ir en el sentido de una teología sapiencial, unificante, capaz de *ubicarnos* en esa relación que nos hace vivir, habitar”¹³. Espacios que unifican tiempos y acciones, y transforman tramos de la realidad caminando hacia el Reinado de Dios.

3.2. La práctica de la Ruah

Las nuevas espiritualidades de las mujeres cristianas son siempre liberadoras. Se centran especialmente en las acciones positivas que sanan relaciones.

a) Las primeras relaciones que sanan son las relaciones entre hombres y mujeres. Las espiritualidades cristianas feministas unifican naturaleza y espíritu, activo y pasivo, sagrado y profano. Armonizan el yo y el cuerpo, del yo y el otro, del yo y el mundo. Revisan las relaciones entre hombres y mujeres, desde el encuentro liberador con Dios, que es siempre un encuentro desde nuestro auténtico yo. La espiritualidad desbloquea las relaciones deterioradas, impulsa las empobrecidas. Iguala las relaciones entre hombre y mujer, los sitúa en el mismo plano de igualdad, desbanca los prejuicios y les invita al compartir sus propios dones como regalo del Espíritu. Rompe los roles que limitan a ambos y construye individuos nuevos que participan de igual manera en las acciones del Reino: acogida, reconciliación, inclusión. Establece nuevos criterios de ser hombre y mujer desde el compartir, el diálogo y la entrega del amor, como imágenes de Dios.

Así, se ponen en marcha los mecanismos de la **justicia**, que parten de la consideración de que la vida de cada ser humano es un don precioso a conservar. La justicia es una forma de vida, una praxis diaria del amor de Dios hacia los otros. La **confianza** en Dios, eje de las espiritualidades cristianas, “se convierte entonces en una convicción radical de que en el corazón del mundo existe esta forma de amor como una realidad mayor que cualquier otra,

¹³ PORCILE, M^a Teresa. *La mujer, Espacio de Salvación*, Madrid, Publicaciones Claretianas, colección Débora, 1995, p. 277.

y esto debe expresarse en una praxis que se corresponda con el corazón de Dios”¹⁴.

También se desbloquean otros mecanismos de crecimiento y reconstrucción. La dinámica de la **resiliencia** ayuda a aceptar la realidad en todas sus categorías a la vez que aprendemos a buscar soluciones ante las mismas. Esto permite, por un lado, ver las limitaciones de la realidad y por otro, generar alternativa a las soluciones tradicionales u *obvias*¹⁵. La práctica de la **resistencia** hace protagonistas a las comunidades cristianas que practican la *basilea* de Dios, comunidades de *ekklesia* de iguales, donde todos son convocados sin distinción de sexo, raza o clase y participan en igualdad¹⁶. Su presencia en el mundo es resistencia a las estructuras patriarcales y ejemplo para la transformación de las culturas. Son **presencia cristiana escandalosa** por su voz, su compromiso, su renovación constante¹⁷.

b) Las siguientes relaciones que se sanan son las de los seres humanos con el cosmos. Desde una perspectiva holística, Chung Hyun Kung, afirma que necesitamos pasar del antropocentrismo a una actitud centrada en la vida, lo cual nos lleva a vivir la compasión ecológica como el principio espiritual de donde brota el respeto hacia todas las formas de vida del universo y eso nos mueve a la lucha por la sostenibilidad del planeta, en amplio sentido¹⁸.

La visión holística se puede describir como multipolar ya que lo que nos configura como personas lo alcanzamos a través de relaciones que estén basadas en la reciprocidad y la interdependencia, acogiendo y celebrando la diferencia y la biodiversidad ¹⁹.

¹⁴ JOHNSON, Elizabeth. *La búsqueda del Dios vivo. Trazar las fronteras de la teología de Dios*. Santander, Sal Terrae, 2008, p. 114.

¹⁵ GRUHL, Monika. *El arte de rehacerse: la resiliencia*. Santander, Sal Terrae, 2009, pp. 33-49.

¹⁶ SCHÜSSLER FIORENZA, Elisabeth. *En la senda de Sofía. Hermeneútica feminista crítica para la liberación*. Buenos Aires, Lumen, 2003, pp. 56-59.

¹⁷ KOYAMA, Kosuke. *Teología del búfalo del agua*. Estella, Verbo Divino, 2004, pp. 247-248.

¹⁸ KYUNG HYUN, Chung. *Introducción a la teología femenina asiática*. Estella, Verbo Divino, 2004, p. 167.

¹⁹ GEBARA, Ivone. *Intuiciones ecofeministas: ensayo para repensar el conocimiento y la religión*. Madrid, Trotta, 2000, p. 120.

Desterramos de la cotidianeidad la polaridad, la exclusión, la uniformidad, y con ello difuminamos las relaciones en jerarquía, en dominio o en superioridad.

En definitiva, sanar la relación entre los seres humanos y la de éstos con el cosmos es sanar nuestra relación con Dios, nuestra espiritualidad, pues estas tres relaciones están interconectadas. Con ello, damos la espalda a los presupuestos patriarcales que conciben la vida en dualidad jerárquica y comenzamos a visualizar que el Espíritu de Dios, la *Ruah*, es la *Unidad en el Todo*, la danza cósmica que interconecta la realidad²⁰. Sin el impulso de la *Ruah* las espiritualidades de las mujeres cristianas carecen de corazón. Sin *Ruah*, las redes de espiritualidades que se entrecruzan no se enriquecen ni fortalecen la vida²¹. La *Ruah* enseña a buscar juntos, a conectar los distintos hilos de la Sabiduría que crece en nosotras y nosotros.

5. Retos para las cristianas en el siglo XXI.

Tras esta reflexión desde el corazón de las mujeres cristianas, somos conscientes que estas espiritualidades son **espiritualidades de frontera**, porque su exigencia de búsqueda y lucha se ve a veces paralizada por el miedo a la violencia de las estructuras patriarcales, el miedo al propio poder, el miedo ante el dolor, la enfermedad, el trabajo o el cansancio.

Siendo consciente de estas limitaciones, las espiritualidades cristianas feministas optan la consecución del **gozo** y la **vida**, algo que produce, en muchos casos, temor tanto a las mismas mujeres como a los hombres. Requiere un esfuerzo vital y colectivo, que no todos los hombres y las mujeres están dispuestos a asumir. Esta opción es arriesgada y en continuo discernimiento. Son espiritualidades no reconocidas pero muy poderosas. Se incorporan a las reflexiones multidisciplinares sobre la vida personal, comunitaria y con Dios, y sirven para plantear promesas de posibilidad de una *vida nueva* desde la clave de la justicia. A la vez, se ven amenazadas y zarandeadas por la maquinaria del mercado, las leyes económicas y el miedo de muchos varones a los cambios de paradigmas vitales.

Nos preguntamos ¿Qué pueden ofrecer estas espiritualidades en el siglo XXI? ¿Cuáles son

²⁰ GEBARA, Ivone. *Teología a ritmo de mujer*. Madrid, San Pablo, 1995, p. 137.

²¹ JOHNSON, Elisabeth. *La Que Es: El misterio de Dios en el discurso teológico feminista*. Barcelona, Herder, 2002, p. 130.

los retos que nos quedan una vez puestas en marcha? De forma breve, nos gustaría revisar los retos que quedan esbozados para este tiempo nuevo, que es sin duda el siglo XXI:

a) Las espiritualidades cristianas feministas tienen como horizonte convertirse en ofertas significativas para la vida de las personas. No pretenden imponerse, ni ganar adeptos, sino hacerse presentes en la vida y en los lugares y momentos de dificultad para hombres y mujeres como alternativa al dolor y al poder, que hieren. Por su propia configuración, se abren paso con la autoridad de la verdad que ofrecen. Su presencia se hace cada vez más visible los distintos continentes, pero queda mucho trabajo que hacer dentro de las comunidades eclesiales y fuera, en las colectividades y sociedades. Para este futuro inmediato las espiritualidades cristianas utilizan la creatividad, la intuición, el aprendizaje colectivo, la resistencia y la resiliencia. De todo ello, sabemos mucho algunas mujeres ya, gracias al esfuerzo por lograr el conocimiento, la espiritualidad y la sabiduría propias, individuales y de género. El reto pasa por compartirlo y que fructifique en hombres y mujeres que sueñan un mundo mejor.

b) Las mujeres pueden acompañar procesos de liberación y autorrealización, recuperando una tarea que muchas maestras de espiritualidad llevaron a cabo a lo largo del tiempo. Hasta ahora, en la mayoría de los casos hemos sido acompañadas por varones y dirigidas desde los parámetros patriarcales, para que nuestras opciones se ajustaran a las estructuras existentes. Acompañar procesos a otras mujeres y hombres que se quieren liberar, es una labor de futuro, un reto complejo que propone ayudar a nacer de nuevo, ayudar a reencontrarse con la vida en todas sus dimensiones, favorecer los cauces para el cambio y la transformación. Por tanto, debemos acompañar estos procesos de herramientas adecuadas para estas gestaciones de vidas nuevas: trazar acciones alternativas en los acompañamientos, idear estrategias nuevas... También nos será útil conocer mejor a otras maestras espirituales de la historia, experimentar sus caminos y actualizar sus prácticas para el siglo XXI.

c) Las espiritualidades cristianas feministas están dirigidas especialmente a mujeres, pero pretenden incorporar a los varones en esta dinámica fecunda. La búsqueda de espiritualidades alternativas es muy crítica a la experiencia frente a un Dios masculino y colérico que lo domina todo, amo y señor de la creación. También los hombres sufren la violencia de esta interpretación de Dios. Muchos viven hoy, sometidos a restricciones morales y teológicas que castran su sensibilidad y su capacidad de amar. Las

espiritualidades feministas no quieren generar una mística solamente para mujeres, sino una visión nueva para todos de la relación entre persona-Dios-cosmos. Esta propuesta enriquece el futuro de la humanidad y a todo los seres que participan en él.

d) Las espiritualidades cristianas feministas son multiculturales y tienen como objetivo generar propuestas concretas en lugares concretos. No se trata de una sola espiritualidad extrapolable a todos los lugares del planeta. Este planteamiento es colonialista y caeríamos en el mismo error que ya sea cometido en otros momentos de la historia. Es necesario reflexionar en cada una de las culturas y lugares de experiencia de Dios sobre las particularidades de cada comunidad y cada persona. De esta manera, a través de las necesidades y creatividad de cada colectividad, las espiritualidades adoptarán una personalidad concreta que favorezca la experiencia de Dios y facilite la liberación de las personas y la transformación de las sociedades.

e) Construir un lenguaje propio de las espiritualidades cristianas. La espiritualidad occidental ha producido gran cantidad de términos relativos a la guerra que expresan aspectos importantes de la experiencia de Dios. Pero las mujeres vamos encontrando otro vocabulario más inclusivo y colectivo, como, por ejemplo, la *resistencia*, de la que tenemos una larga experiencia y combina sus significados tanto activo como pasivo. Transformar los lenguajes para el futuro, supone transformar nuestra manera de vivir, de pensar, de sentir y de amar. Los lenguajes incorporan a la vida el universo simbólico de expresiones, imágenes, símbolos y metáforas que lo construyen. La *frontera*, la *paradoja*, las *puertas*, los *caminos*, las *plazas* y, la antes citada, *resistencia*. En la medida que transformemos nuestro lenguaje, estamos transformando también el universo.

f) Por último, aunque quizá la más importante, ser esperanza para otras mujeres que todavía sufren. Ante un sistema mundial que intenta matar nuestra capacidad de soñar y esperar, las espiritualidades feministas han de ser espiritualidades de esperanza, que alimenten nuestros sueños y fortalezcan nuestras resistencias. La esperanza permite a muchas mujeres, en situación de exclusión, oprimidas o que sufren, que recreen su vida, sientan la fuerza del Espíritu/Ruah y se alimenten en el camino de su liberación vital. La esperanza inspira nuevas alianzas entre mujeres y mantiene la creatividad en las que ya existen y en sus luchas. Acompañar a otras mujeres y ayudarlas a que encuentren estrategias de supervivencia y transformación es apostar por el futuro del mundo. Un mundo nuevo. No olvidemos que hoy, todavía somos las mujeres las que nos hacemos

cargo de los hijos. Apostar por las mujeres es apostar por la vida, por el gozo y la alegría de vivir.

Las propuestas espirituales cristianas que podemos ofrecer son fermento de vida nueva para mujeres y hombres que sueñan. Por ello, son imparables, crecen en el seno del cristianismo, pero también en otras religiones y ámbitos espirituales. Son nuevas expresiones de lo que nos pide Dios en este momento histórico y que favorecen el diálogo con las culturas, el ecumenismo y el diálogo interreligioso. De igual manera, cuidan las conexiones entre mujeres y animan la creación y el fortalecimiento de las redes como capacidad de enlazar y de vivenciar alternativas para nuestra vida espiritual y cotidiana. Nos conectan con las fuerzas de la realidad que transforman el futuro. Nos dan la certeza de que todo está habitado por Dios y en todo deja su huella. Al tocarnos el corazón nos transforma y nos libera para un mundo mejor. Nos conforma como un nuevo estilo de ser persona, de construir sociedades y de renovar las raíces las raíces que nos sostienen.

OTRAS REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- ARANA, M^a José. *Mujeres y Espiritualidad de la resistencia*. En de Miguel, Pilar (ed.). *Espiritualidad y fortaleza femenina*. Descleé de Brouwer, Bilbao, 2006.
- CLÉMENT, Catherine y KRISTEVA, Julia. *Lo femenino y lo sagrado*. Madrid, Cátedra, Colección Feminismos, 2000.
- CHITTISTER, Joan. *Odres nuevos*. Santander, Sal Terrae, 2003.
- GÓMEZ ACEBO, Isabel (ed.). *Así vemos a Dios*. Descleé de Brouwer, Bilbao, 2001.
- NEU, Diann L.: “*Una voz de Sabiduría-Sofía: Terapia/Dirección espiritual feminista*”. Revista Concilium nº 288 (2000), Estella, Verbo Divino.
- NOLAN, Albert. *Jesús hoy*. Santander, Sal Terrae, 2007.
- RAMÓN, Lucía. *Queremos el pan y las rosas: Emancipación de las mujeres y cristianismo*. Madrid, HOAC, 2012.
- REID, Bárbara. *Reconsiderar la cruz. Interpretación latinoamericana y feminista del*

Nuevo Testamento. Estella, Verbo Divino, colección Aletheia, 2009.

RESS, Mary Judith, SEIBERT-CUADRA, Ute y SJØRUP, Lene. *Del cielo a la tierra*. Santiago de Chile, Sello Azul, 1994.

SOSKICE, Janet Martin. *The kindness of God*. Oxford, Oxford University Press, 2008.